

autónomo y dueño de sí mismo, a su vez que en la conciencia del otro el sí mismo es reconocido, una suerte de intersubjetividad entre conciencias. Sin embargo, queda la duda de dichos planteamientos juveniles de Hegel en la fría ciudad de Jena, porque a veces no es recomendable hacer estudios filosóficos a partir de esbozos, de fragmentos o de notas breves sobre cursos universitarios de una Europa en plena ebullición napoleónica.



El ser humano como totalidad singular aspira a ser reconocido por otras totalidades, pero a la vez debe reconocer a otros seres humanos, en una relación recíproca en medio de la sociedad constituida bajo el amparo del derecho. Así se comprende según la descripción del profesor Rendón sobre otro fragmento hegeliano de principios del siglo XIX. Allí se plantea que el origen de la lucha por el reconocimiento es la ofensa, la diferencia de apreciaciones entre dos personas, y para reparar el honor herido en la ofensa, cada individuo debe emprender una lucha a muerte para recuperar su honorabilidad y su reconocimiento en una humanidad plural y colmada de diferencias. Desde nuestra perspectiva libertaria, comprendemos que el ser humano tiene tanto de animal, como de persona reconocida en el derecho positivo, por lo cual hablar de lucha nos parece un concepto propio de la etología, esa parte de la biología que también se encarga de observar el comportamiento animal en el ámbito

silvestre, donde la lucha forma parte del carácter agonal de cada animal que defiende su territorio, su dominio, su hembra y sus fuentes de alimento y de agua. Pero el carácter agonal del ser humano busca otro objetivo, según Hegel lo es el reconocimiento.

El amor es un buen ejemplo de lo que Hegel nos quiere enseñar sobre la lucha por el reconocimiento, forjando así una ética que deviene cada día más libre. El amor no es solo apetencia o deseo, no es posesión ni imaginación, ante todo es sacrificio, es una lucha permanente por superar la indiferencia, para lograr así estar en la conciencia del ser amado y que esa persona esté en el espíritu del amante, es la dialéctica especulativa del amor, que nace en Europa y se expande por el universo. Es la lucha a vida o muerte, este último sacrificio, para lograr el reconocimiento y la valoración del amor. Pero, nos lo demuestra Rendón, el reconocimiento pleno se logra en el Estado, porque allí ya se ha superado la etapa natural de la lucha sin sentido de todos contra todos, y merced al derecho positivo se llega al establecimiento de un estado del reconocimiento, que es el mismo Estado sociopolítico que organiza y domina una nación, una suerte de absoluto ético en la doctrina de Hegel.

En la polémica decimonónica que tuvo Hegel con Ludwig Siep se comprende la perspectiva hegeliana en toda su amplitud. Cuando Siep habla de lucha lo hace pensando en el antiguo duelo de caballeros por el honor, es decir que sería una concepción de la lucha según el modelo medieval, el cual para 1803 ya debería estar superado y la nación alemana estaba encaminada hacia la modernidad. Hegel, por su parte, comprende la lucha desde una perspectiva ética, la posibilidad de que cada individuo sea reconocido por los otros miembros de la sociedad, es una cuestión intersubjetiva, de relaciones humanas, que se concreta en el establecimiento del pueblo organizado según los parámetros de la eticidad absoluta, aquella en que se supera la perspectiva naturalista y la individualista. Al lograr el éxito en la lucha por el reconocimiento se prepara el camino para la obra fundamental de Hegel: la *Fenomenología del espíritu*, lo cual

forma parte de otro estudio filosófico, porque en este de Carlos Emel Rendón apenas se comprende la intención juvenil de Hegel de construir un sistema filosófico sólido y estructurado con una lógica estricta. Por ahora se observa los primeros pasos de un filósofo alemán sistemático.

El libro aquí reseñado, proveniente de un instituto de filosofía, es bastante complejo y difícil de comprender en una primera lectura, se requiere de un gran esfuerzo y de una profunda concentración. Carlos Emel Rendón Arroyave demuestra con este libro su estricta formación académica, porque la estructura de la obra hace difícil al lector la continuidad en la comprensión del texto principal, debido a las extensas notas a pie de página, las cuales incluyen frases y títulos en idioma alemán, dificultades estas que generan incertidumbre en el lector, lo cual podría acarrear que este cierre el libro y lo arroje contra la pared. En ese caso, el lector buscará mejor la literatura, género de lectura en el cual se desenvuelve la filosofía de la vida a través de la ficción, el realismo y las figuras literarias. No obstante, agradecemos al profesor Carlos Rendón por su esfuerzo académico para darnos a conocer una temática de la filosofía de Hegel poco estudiada en Colombia, con lo cual, a su vez, nos muestra el devenir de la ética en Hegel.

Jhon Rozo Mila

Todo menos objetiva

Del centenario al bicentenario. Historias de gobiernos, periódicos y periodistas. 1910-2010

LUIS CARLOS ADAMES

Editorial Lealon, Medellín, 2011, 512 págs.

EL LIBRO *Del centenario al bicentenario. Historias de gobiernos, periódicos y periodistas. 1910-2010* escrito por Luis Carlos Adames, presidente de la Asociación Nacional de Linotipistas (Andel), recopila lo que él mismo denomina como “noticias biográficas de personajes del gobierno y de la prensa” que el autor considera pertinentes para la historia de los pasados

cien años del país. Adames es fiel a sus palabras en la presentación del libro, en donde advierte que la obra no supone un estudio analítico de los hechos, pero no obstante, tampoco cumple con la función que le adjudica como libro informativo. Un libro informativo habría de ser objetivo y preciso, debería abordar únicamente datos pertinentes para el tema en cuestión. La presente obra es todo menos objetiva y muchos de los datos que ofrece podrían considerarse gratuitos puesto que no presentan un aporte significativo a la historia del periodismo, de la política, ni de Colombia. El libro es más un ejercicio de escritura personal, una serie de hechos, personajes y opiniones expuestas, a veces de manera repetitiva, en 512 páginas impresas.

El libro se encuentra organizado en seis secciones y cada una tiene varias subsecciones o subtemas. Un primer aparte refiere el inicio del periodismo en Colombia y su ejercicio en la primera década del siglo XX y a su vez, ofrece antecedentes políticos como la guerra de los Mil Días y la separación de Panamá. Después de esta contextualización, Adames introduce cuatro partes dedicadas a distintas épocas en la historia política colombiana, pasando por la unión republicana y el predominio del conservatismo en la primera; el predominio del liberalismo en la segunda; la violencia, la dictadura y el Frente Nacional que caracterizan la mitad del siglo XXI en la tercera, y el auge de la corrupción, el narcotráfico y la crisis del bipartidismo en la cuarta. El epílogo del libro expone las opiniones del autor sobre acontecimientos dados desde la posesión del presidente Juan Manuel Santos, y sobre la posibilidad de que Colombia resuelva sus conflictos políticos.

Aun cuando Adames pretende llevar un orden cronológico en el aparte de antecedentes y en las dos primeras secciones de la obra, al introducirse en el tema de la violencia, la dictadura de Rojas Pinilla y el Frente Nacional, ese orden se pierde y el libro parece adoptar más bien una estructura circular. Quizá por querer dividir los hechos de la historia en ejes temáticos, termina repitiendo lo que ya había expuesto sobre determinados eventos y personajes. Esta repetición no ayuda a

hacer hincapié sobre la importancia de lo referido, sino que genera un distanciamiento inmediato del lector frente al texto. El lector se cansa de releer un mismo episodio narrado más de tres veces con palabras levemente distintas, pero sin mayores aportes ni niveles de profundidad.

La prosa en sí es plana y las “noticias biográficas” caen en la enumeración de fechas, logros, oficios y datos generales que no permiten al lector hacerse una idea real sobre la personalidad de aquel a quien se quiere retratar; es por eso que no se puede hablar de perfiles periodísticos para referirse a lo que Adames considera “noticias biográficas”. A su vez, las “noticias biográficas” tienen un dejo de costumbrismo y unen logros políticos y periodísticos con lo que podría denominarse como un “correo del amor”, en el que el lector se entera de matrimonios, enamoramientos y amoríos que no son pertinentes para el periodismo, la política ni la historia de Colombia. El uso excesivo de adjetivos heroicos y exaltados hacen al lector dudar sobre cualquier grado de objetividad posible en el texto.



La unión entre las diferentes subsecciones o subtemas de cada aparte es a veces brusca y truncada, no por que los temas no tengan relación entre sí, sino porque hay temas cuya unión no es directa y por ende la lectura no fluye tan fácilmente. Es extraño pasar de leer acerca de mujeres periodistas y la periodista Flor Romero en un párrafo, a leer sobre “mártires” del periodismo que murieron combatiendo

do y denunciando la corrupción y el narcoterrorismo en Colombia en el siguiente párrafo. La estructura circular y repetitiva y el paso difícil entre un tema y otro dentro del libro pueden ser, en sí mismos, evidencia de una memoria histórica aún fragmentaria y no comprendida sobre el periodismo, la política y la relación entre ambas en nuestro país.

En Colombia el ejercicio del periodismo, de las letras y del poder han estado imbricados desde un comienzo. No es gratuito que exista una generación de presidentes y políticos que recibieran el nombre de los “gramáticos”, ni tampoco es banal la mención del historiador Malcolm Deas a las clases de latín que el general Uribe Uribe tomaba en secreto para poder enfrentarse a Miguel Antonio Caro en el Senado de la República. El ejercicio de las letras y del periodismo supone una relación directa con el poder y la política. Ya el historiador Gilberto Loaiza Cano formulaba su inquietud al respecto en su artículo “El Neogranadino y la organización de las hegemonías. Contribución a la historia del periodismo Colombiano” publicado en la revista *Historia Crítica* en 1999:

La historia del periodismo en Colombia no pasa aún del catálogo de nombres y de la descripción técnica de formatos de periódicos que alguna vez existieron; todavía no se consolida como una historia de la cultura intelectual o como parte de la historia de la cultura política, a pesar de sus evidentes nexos.

Adames, al escribir un libro que contrapone personajes y hechos del periodismo a aquellos que forman parte de la política colombiana, pareciese dar un paso adelante; desafortunadamente, el alto grado de subjetividad y prejuicios que acompañan su ejercicio de escritura, no permiten ampliar el panorama de visión sobre el tema. En un principio el lector podría creer que el aporte del libro sería ofrecer un estudio juicioso y objetivo de la historia del periodismo y la política en Colombia y que sentaría las bases para una reflexión crítica y argumentativa del lector al respecto. Si fuese así, el texto sería ideal para la formación de futuros periodistas y políticos. Sin

embargo, permitir al lector desarrollar un juicio crítico razonado y reconocer tanto los logros, como los errores del pasado, es tan solo un ideal que no recibirá respuesta en esta obra.



La fachada del escrito que documenta y expone de manera objetiva se cae en la segunda parte del libro en la que los elogios del autor a algunos personajes, convierte sus “noticias biográficas” en gestas heroicas, en mini-relatos de personajes históricos sin tacha, cargados de virtudes como la honradez, la calidez humana, el empuje y la valentía. Ya en la cuarta parte no solo se encuentra el lector con el homenaje constante, sino también con el desprestigio absoluto a ciertas personalidades mediante adjetivos descalificativos y descripciones desfavorables.

Es así como Samuel Moreno Rojas es descrito como un “destacado dirigente”, resaltando su paso por el Senado, su presidencia en el Polo Democrático y elección como alcalde de la capital, no obstante que Adames sea consciente de la historia política actual y los carruseles de contratación en los que se vio involucrado y que tanto daño han causado a Bogotá con los despropósitos ocurridos durante su alcaldía. Y a la vez Piedad Córdoba, otro personaje polémico en el ámbito político colombiano, pero no por ello mejor o peor que Moreno, es descrita como cómplice de Chávez y amiga de las FARC, alguien que aun cuando muchos consideren benefactora de los secuestrados, realmente aconseja a los

grupos armados para que no liberen a sus víctimas.

Los personajes de la política más reciente reciben prejuicios lapidarios. Adames llega a hablar de las “pataletas” de Chávez y del “impertinente” Rafael Correa y de forma simultánea cierra las puertas a la discusión y a la reflexión dictaminando sobre los hechos: “La caudalosa reelección de Uribe fue el hecho político más justificado”. Esta mirada prejuiciosa no ayuda a la formación de una mente crítica, no aporta al conocimiento del periodismo, ni de la política, ni mucho menos a la comprensión de la historia colombiana.

Quedan, como era de esperarse, muchas personalidades y hechos del periodismo y de la política sin nombrar. Como Adames no da una explicación previa a su ejercicio de elección sobre los mismos, el lector bien podría preguntarse porqué María Cano o Soledad Acosta de Samper no merecen un aparte en el libro, pensando en los inicios del ejercicio informativo en Colombia. Podría también preguntarse porqué las formas más actuales del periodismo virtual, proyectos promisorios y hoy en día determinantes, como el portal de periodismo político de Juanita León, *La silla vacía*, quedan por fuera de su consideración; o porqué aun cuando se opine y dictamine sobre la política actual de manera crítica, no se hace lo mismo con el periodismo y no se alude a lo que tantos académicos y estudiosos del periodismo como Omar Rincón, Germán Rey o Martín Barbero han denominado como la descontextualización de la noticia, la “subinformación” y la “desinformación” que hoy en día ofrecen los medios a la comunidad.

Abordar toda la historia, tanto periodística como política de Colombia en un libro, es simple y llanamente imposible, no es eso lo que se le pide al libro. Pero aportar a este ideal de manera ordenada y predeterminando un enfoque, sí podría haber enriquecido el ejercicio de escritura del autor y otorgado mayor valor al producto final.

Aunque los desaciertos de la obra se hagan tan evidentes, no por ello pueden dejar de rescatarse los puntos que juegan a su favor. *Del centenario al bicentenario. Historias de gobiernos,*

periódicos y periodistas. 1910-2010 no se limita a la mención de los reporteros al hablar de la labor informativa, sino que amplía el campo de visión sobre todos los personajes involucrados en el ejercicio del periodismo. Aparecen los linotipistas, los correctores de pruebas, luego los correctores de estilo, los caricaturistas, los reporteros gráficos, los fotógrafos, los locutores de radio, por mencionar algunos.

También rescata momentos cruciales en la historia del periodismo como la emergencia y auge del periodismo deportivo o como el fenómeno de la censura, ya sea oficial y política o económica y de influencias. Adames se da a la tarea de explicar el mecanismo que subyace a las distintas formas de censura padecidos por el periodismo. No es solo el cierre declarado de periódicos por el gobierno, sino el retiro de pautas y suscripciones por parte de personalidades y empresas poderosas. El libro expone los aspectos que conforman la censura y a la vez hace un homenaje a aquellos que no dieron su brazo a torcer por más amenazas y atentados que recibieran, como el periódico *El Espectador*. Es interesante leer sobre la misma evolución de la censura del periodismo que pasa por la desaprobación oficial previa al Frente Nacional, a sistemas de amordazamiento, intimidación y secuestro con la emergencia del comercio de estupefacientes y la compenetración de la guerrilla con el narcotráfico.

La Asociación Nacional de Linotipistas (Andel), expresa en una de las solapas que la finalidad de este libro es la creación de un concurso literario anual que “exalte el valor de la prensa, a través de la historia, y su contribución al bienestar de la sociedad colombiana”. Ojalá las próximas versiones de este Premio Andel cumplan realmente con su objetivo y logren aquello que querían obtener con esta obra: “(testimoniar) su cariño a la prensa, a la cultura y a la difusión que garantiza la industria editorial”.

Melisa Restrepo Molina